

# El incauto indispensable

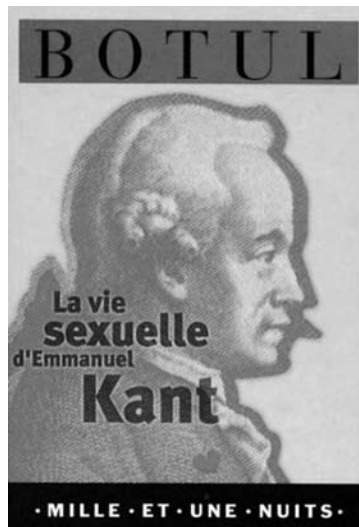
Pedro Alcoba

HACE UNOS MESES la revista *Le nouvel observateur* denunció al filósofo Bernard-Henri Lévy por utilizar las ideas de un texto de ficción como si fueran los argumentos de un riguroso tratado filosófico. En el libro *Sobre la guerra en filosofía*, el pensador *chic* de la televisión francesa retomó el ensayo *La vie sexuelle d'Emmanuel Kant* (1999) y citó a lo largo de dos páginas a Jean-Baptiste Botul, su autor ficticio creado por el periodista Frederick Pagès. Las ideas del inexistente Botul le permitieron al bronceado y bien vestido pensador, mejor conocido como BHL, demostrar que el gran Kant fue un “espíritu desencarnado” cuyo sistema de pensamiento buscaba únicamente reprimir pasiones carnales y no solucionar preocupaciones teoréticas.

Ante el escarnio, BHL declaró en televisión que se quitaba el sombrero en honor al artista que lo engañó, pues el semblante de Kant en su creación resultaba “más real que lo real”. La incapacidad de este intelectual para entender una broma resulta inquietante. Al parecer está de acuerdo con el ficticio Botul en argumentaciones tan disparatadas como que el concepto de la “cosa en sí” kantiano no se refiere a las esencias que subyacen tras los fenómenos, sino que de manera subliminal alude a los genitales femeninos. La inquietud principal de Kant habría sido mirar bajo la falda de “la realidad”; la filosofía crítica sería una simple terapia para contener ese impulso. Sólo un lector con una tara para entender lo cómico, ajeno por completo al mundo de la filosofía, podría considerar esta irreal caricatura como algo certero.

La estrategia literaria de la que Lévy fue víctima no es novedosa: un autor olvidado que en realidad es un personaje imaginario, Botul; un editor de sus obras tras el que se encubre el autor real, Pagès; un contexto teórico, el neokantismo a finales de la segunda guerra mundial; y un crítico severo, Victor Delbos, maestro de filosofía en la Sorbona en la primera mitad del siglo. En la “Presentación” del ciclo de conferencias que estructura el ensayo, Pagès cita una carta falsa en la que Delbos rompe con su alumno Botul debido a sus especulaciones sobre la vida sexual de Kant. El error de BHL podría verse como un homenaje involuntario a esta maquinaria tan precisa. Hoy en día, sin embargo, buscar en *Wikipedia* basta para descubrir que Botul no existe.





*La vida sexual de Immanuel Kant* fue traducido hace siete años al español con la firma autoral del imaginario Jean-Baptiste, para la colección “Pequeños grandes ensayos” publicada por la UNAM. Este hecho le asignó una realidad histórica similar a la de Hernán Cortés, Benito Juárez o Frederick Nietzsche, autores con los que en México comparte colección. En el prólogo, Dulce María Granja, especialista en Kant, se toma en serio el marco literario que rodea a un título tan excéntrico, al punto en que describe con bastante realismo la vida de Botul y las circunstancias que lo motivaron a escribir sobre el rincón más íntimo de la vida del filósofo. La gran diferencia con Lévy es que ella subraya el carácter literario del texto, señala la mayoría de sus imprecisiones filosóficas, su tono humorístico y le asigna un valor divulgativo.

La piedra angular para entender la verosimilitud del ensayo de Pagès-Botul se encuentra en la Nueva Königsberg, comunidad ficticia que imita las rutinas diarias de Kant. Según la “Presentación” al lector, en 1945, un grupo de alemanes se exilió al Paraguay tras la ocupación de la vieja Königsberg (la ex Prusia oriental) por el ejército ruso. Su nostalgia los hacía emular la meticulosa vida de su más grande ancestro: horarios precisos, sobriedad en el vestir, moderación al comer, un sistemático paseo por la tarde, así como castidad y celibato. Al seguir su ejemplo, esta congregación ponía en riesgo su trascendencia pues no podría reproducirse. Las elucubraciones de Botul resultaban indispensables para prevenirlos de su propia destrucción.

Semejante comunidad utópica configura el universo que nos permite aceptar, con una sonrisa, una tesis extraña al mundo de la filosofía (pero que BHL secunda): la vida sexual

de Kant es el elemento clave para entender el verdadero mensaje de su pensamiento. El ensayo de Pagès-Botul desarrolla una exégesis anómala que comienza con las anécdotas sobre la hostilidad de Kant a la transpiración, retoma algunas líneas suyas sobre no desperdiciar saliva; precisa entonces la importancia que daba el filósofo a guardar los humores y concluye con un argumento de autoridad médica, que explica el porqué de la castidad: “si el semen no se emite, se vuelve una gran fuerza espiritual”. Kant habría postergado la eyaculación de por vida, con miras a un fin superior: fertilizar a la humanidad con su sistema de pensamiento, lo que le garantizaba una descendencia de filósofos adeptos. Practicar la filosofía es entonces buscar la reproducción del espíritu. Sin embargo, dice Botul, esa praxis no debe llevar a ningún grupo humano a privarse por completo de la cópula.

Quizá la candidez con que BHL respaldó estas tesis adelgazará su rol de intelectual superestrella en los *mass-media*, dejando en su lugar a un lector incauto. Los libros son agentes discursivos en estado de latencia a la espera de lectores modelo que los traigan por completo a la vida. Un texto irónico como el que Pagès pone en boca de Botul necesitaba dos tipos de receptor para activarse por completo: uno ingenuo que cayera víctima de la broma y otro perspicaz dispuesto a divertirse con los pormenores que se requieren para tomarle a alguien el pelo. BHL nos ha hecho el favor de caer en la trampa. Su error nos invita a convertirnos en el otro lector que reclama *La vida sexual de Kant*, aquel pendiente de los guiños que parodian la verosimilitud del género ensayo e invitan al lector interesado en teoría a trascender las anécdotas biográficas y a aprender a reír. ▀